

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

# DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

**PRIMER PERIODO ORDINARIO DE LA XLII LEGISLATURA**

## 11ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL DOCTOR ENRIQUE TARIGO
*(Presidente)*

ACTUAN EN SECRETARIA EL SEÑOR MARIO FARACHIO Y EL DOCTOR HECTOR S. CLAVIJO

## SUMARIO



## 1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, mayo 17 de 1985.

LA ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión extraordinaria, el próximo lunes 20, a la hora 20, a efectos de tributar homenaje a la memoria de los ex-Legisladores Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz.

LOS SECRETARIOS."

## 2) ASISTENCIAS

ASISTEN los señores senadores: **Gonzalo Aguirre Ramírez, José Germán Araújo, Hugo Batalla, Pedro W. Cersósimo, Carlos W. Cigliuti, Juan Raúl Ferreira Sienra, Luis Hierro Gambardella, Raumar Jude, Luis Alberto Lacalle, Enrique Martínez Moreno, Carminillo Mederos da Costa, Dardo Ortiz, Eduardo Paz Aguirre, Carlos Julio Pereyra, Juan Martín Posadas, Américo Ricaldoni, A. Francisco Rodríguez Camusso, Luis A. Senatore, Juan A. Singer, Uruguay Tourné, Alfredo Traversoni, Francisco Mario Ubillos, Juan J. Zorrilla, Alberto Zumarán, Reinaldo Gargano**; y los señores representantes: **Julio Aguiar, Numa Aguirre Corte, Nelson R. Alonso, Guillermo Alvarez, Juan Justo Amaro, Jorge Andrade Ambrosoni, Fanny Arón, Nelson Arredondo, Héctor Barón, Javier Barrios Anza, Carlos Bertacchi, Edgar Bonilla, Federico Bouza, Alberto Brause, César Brum, Mario Cantón, Tabaré Caputi, Carlos A. Cassina, Washington Cataldi, Juan Pedro Ciganda, Víctor Cortazzo, Eber Da Rosa Viñoles, Julio E. Daverede, José Díaz, Yamandú Fau, Francisco Forteza, Carlos M. Fresia, Ruben E. Frey Gil, Juan J. Fuentes, Carlos Garat, Alem García, Oscar Gestido, Héctor Goñi Castelao, Hugo Granucci, Ramón Guadalupe, Arturo Guerrero, Lis A. Hierro López, Mario Irazoqui, Walter Isi, Luis Ituño, Eduardo Jaurena, Daniel Lamas, Oscar Lenzi, Héctor Lescano, Oscar López Balestra, Nelson Lorenzo Rovira, Jorge Machiñena, Miguel Manzi, Luis José Martínez, Eden Melo Santa Marina, Pablo Millor, León Morelli, Carlos E. Negro, Juan A. Oxacelhay, Ope Pasquet Iribarne, Ramón Pereira Pabén, Juan Justo Pereira, Carlos Pita Alvariza, Lucas Pittaluga, Elías Porras, Baltasar Prieto, Héctor Lorenzo Ríos, Ricardo Rocha Imaz, Carlos Rodríguez Labruna, Yamandú Rodríguez, Carlos Rossi, Heber Rossi Pasina, Walter Santoro, Yamandú Sica Blanco, Carlos Norberto Soto, Guillermo Stirling, Héctor Martín Sturla, Víctor Vaillant, Tabaré Viera y Alfredo Zaffaroni Ortiz.**

Faltan con licencia los señores senadores: **José Pedro Cardozo y Manuel Flores Silva**; y los señores Representantes: **Ricardo Lombardo, Antonio Marchesano,** y **Edison Rijo.**

Faltan con aviso los señores Senadores: **Jorge Batlle, Eugenio Capeche, Guillermo García Costa, y Luis Bernardo Pozzolo**; y los señores Representantes: **Roberto**

**Asiain, Jorge Conde Montes de Oca, Luis Alberto Heber, Oscar Magurno, Gilberto Ríos y Jorge Silveira Zavala.**

Faltan sin aviso los señores Representantes: **Abayubá Amén Pisani, Ernesto Amorín Larrañaga, Honorio Barrios Tassano, Cayetano Capeche, Raúl Cazaban Goncalvez, José Cerchiaro San Juan, Ruben Escajal, Ruben Francolino, Edison García Rijo, Raúl Lago, Ariel Lausarot, Julio Maimo Quintela, Germán Oller, Alfonso Requiterena Vogt, Raúl Rosales, Andrés Toriani, Yamandú Rodríguez, Juan A. Bentancour y Edison Zunini.**

## 3) HOMENAJE A LA MEMORIA DE LOS EX LEGISLADORES ZELMAR MICHELINI Y HECTOR GUTIERREZ RUIZ

SEÑOR PRESIDENTE. — Hay número para celebrar la sesión.

Es la hora 20 y 14.

—En la última sesión realizada la semana anterior la Asamblea General resolvió reunirse extraordinariamente en el día de hoy, a efectos de rendir homenaje a la memoria del señor senador Zelmar Michelini y del Presidente de la Cámara de Diputados Héctor Gutiérrez Ruíz, asesinados en Buenos Aires, un día como hoy nueve años atrás.

En esta sesión de homenaje harán uso de la palabra un legislador por cada uno de los partidos políticos, quienes serán: el señor diputado Daverede por la Unión Cívica y los señores senadores Hierro Gambardella por el Partido Colorado, Zumarán por el Partido Nacional y Batalla por el Frente Amplio.

Antes de ceder la palabra en ese orden a los señores legisladores mencionados, léanse por Secretaría algunos telegramas y adhesiones llegados a la Mesa.

Se lee:

"Montevideo, 15 de mayo de 1985. Señor Presidente de la Asamblea General, Doctor Enrique E. Tarigo. Presente. Señor Presidente: Cúmpleme poner en su conocimiento que el próximo lunes 20 del corriente, no podré concurrir a la sesión solemne que realice la Asamblea General en homenaje a los ex-Legisladores Héctor Gutiérrez Ruíz y Zelmar Michelini al conmemorarse un nuevo aniversario de sus trágicas desapariciones. Deseo manifestar mi total adhesión a tan justas evocaciones de dos uruguayos que fueron auténticos representantes de la voluntad popular y que sólo la barbarie logró acallar. En esos días estaré en el departamento de Rivera recordando también la memoria de otro ex-Legislador Mario Heber. Saludo a usted muy atentamente: Luis Alberto Heber. Legislador."

SEÑOR PRESIDENTE. — Léase el siguiente telegrama.

Se lee:

"Imposibilitado concurrir adhiero sentido homenaje a ex- Legisladores Gutiérrez Ruíz y Michelini. Jorge Conde, Representante por Colonia."

SEÑOR PRESIDENTE. — Léase la siguiente adhesión.

Se lee:

"Señor Presidente de la ASAMBLEA GENERAL LEGISLATIVA Dr. Enrique Tarigo. Presente. De nuestra mayor consideración: Al cumplirse hoy 9 años del asesinato del compañero Senador Zelmar Michelini lo recordamos con gran afecto y rendimos un emocionado homenaje a su memoria. Fue Zelmar, dirigente de nuestro Sindicato, fue nuestro compañero y dejó en el pasaje por esta casa un ejemplo de lucha y fervor en todas sus actitudes. Por eso decimos que exigimos que se esclarezcan las circunstancias de su muerte y que los culpables sean denunciados. Sin otro particular, saludamos a Ud. muy atentamente, por ASOCIACION DE BANCARIOS DEL URUGUAY Antonio Marotta y Carlos Bouzas. Legisladores."

SEÑOR PRESIDENTE. — Léase otra adhesión.

Se lee:

"Señor Presidente de la ASAMBLEA GENERAL LEGISLATIVA Dr. Enrique Tarigo. Presente. De nuestra mayor consideración: Al cumplirse hoy 9 años del asesinato de quien fuera Presidente de la Cámara de Diputados, la ASOCIACION DE BANCARIOS DEL URUGUAY rinde un emocionado Homenaje a su memoria, a quien luchando por sus ideales, que son los nuestros, fue capaz de oponerse desde un principio a la dictadura que se instauraba en el pais, mientras muchos callaban. Su muerte no fue la primera, tampoco fue la última, pero el ejemplo de su actitud como legislador y como hombre merece ser resaltada y conocida por las generaciones actuales. Exigimos justicia, que los que cometieron tan aberrante acto paguen su culpa. Sin otro particular, saludamos al Sr. Presidente muy atentamente, por ASOCIACION DE BANCARIOS DEL URUGUAY. Antonio Marotta y Carlos Bouzas".

SEÑOR PRESIDENTE. — Tiene la palabra el señor legislador Daverede.

SEÑOR DAVEREDE. — Señor Presidente, señores legisladores: mis palabras serán como un introito a esta sesión solemne de la Asamblea General que realizamos en homenaje a Héctor Gutiérrez Ruíz y a Zelmar Michelini.

Sabemos bien que el pais — este país reencauzado en la senda democrática — está en deuda con estos hijos suyos a nueve años de su muerte incalificable, a estos hijos que bajo este mismo sol y bajo este mismo cielo patrio, se agitaron impulsados por el bien; estos hombres preclaros que todavía aguardan la consagración popular del mármol y del bronce, que recién hoy comenzamos a erigir.

Esa deuda no desnaturaliza la validez de nuestra ofrenda ni amengua la justicia de nuestro homenaje ahora, ni desvirtúa su otorgamiento.

La hora de la justicia a veces llega tarde y a veces no llega nunca. Echemos — como hoy — las campanas al vuelo cuando llega, y también quemando el incienso cuando es merecido, ya que se sustrae al orden del calendario y perfuma ceremonialmente en manos del oficiante.

El pueblo, ese pueblo uruguayo que era su pueblo, reclama nuestra voz en nombre de la justicia; está en el orden que la comunidad, que tuvo en ellos sus más celosos paladines, sea ahora quién monte guardia alrededor de su memoria. Y como antes que en la materia levantamos su monumento en nuestras almas, no debemos temer que el vendaval de los años disgregue el cimiento de este pedestal que, en su concreción, ha de resistir los tiempos.

En el recuerdo de su inmolación en manos de los verdugos del Gobierno de facto, nos conmovemos en lo más íntimo de nuestros espíritus y nos rebelamos ante un hecho que clama justicia, no venganza porque no nos podemos dejar arrastrar por el odio que nos dividirá, cuando buscamos afanosamente la paz que pasa, sí, inexorablemente, por la justicia. Sin embargo, nuestra voz se estremece en la condena al crimen alevoso, vergonzoso y tricionero. La vida no es de adversarios ni de partidarios; la vida es, simplemente, vida y siempre

deberá merecer este maravilloso nombre. Desde los ríos y los bosques, que sufren el deterioro de la contaminación, a las pobres gentes que en tantos países mueren como consecuencia del egoísmo de los poderosos y como en el caso de nuestros homenajeados, Gutiérrez Ruíz y Michelini, las vidas son segadas por razones políticas de inusitada dimensión. En estos tiempos, la vida es un bien supremo desgraciadamente en baja.

En este contexto queremos rechazar las hipocrecías, vengan de donde vengan. Para ello nos reafirmamos en nuestro sentido cristiano de la vida como el sumo bien. Vivimos en un mundo enrarecido. Toda sociedad está en crisis. Es un campo de conflictos, de intereses, de preocupación para el hombre, para los pueblos. Y este malestar no se debe a fuerzas misteriosas, sobrehumanas incontroladas que se ciernen sobre la humanidad. La intranquilidad y los conflictos no nacen de la naturaleza desencadenada, aunque esto pueda agravar los problemas La raíz de este mal está en el hombre mismo, individual y colectivamente considerado; en las opciones que hace.

Es urgente, pues, definir los trazos fundamentales de ese denominador común que sea el resultado de un consenso, porque sobre él deben insertarse, en un sano pluralismo, las diversas formas que puede asumir el compromiso humano. La realidad, vista a través de la refracción de las ideologías, amenaza inspirar compromisos insensatos. Tanto los radicalismos de izquierda, que sólo aceptan soluciones en la línea de movilizaciones guerrilleras y de otros medios violentos, cuanto los radicalismos de derecha, empeñados en represiones sangrientas, desbordan los límites de ese denominador común. Los compromisos alimentados por el odio no pueden tener su origen en una visión de la realidad iluminada por una conciencia democrática, libre y humana. Esta sociedad agresiva destruye la democracia. Es su efecto socio-político.

Creemos que si Zelmar y Héctor vivieran, estarían en estos días en la batalla para levantar la calidad de vida de nuestro pueblo, sacar de su infravida a muchos miles de uruguayos sin ocupación y atajar cuanto antes los problemas sociales que impiden la vida digna de los vivos.

En nombre de estos dos muertos insignes, no hemos de tolerar en el mundo la pena de muerte y la tortura que existe en tantas partes del planeta. No hemos de tapar nuestros oídos a las voces que se levantan en defensa de los derechos humanos en todo el orbe. Palabras y murmullos y, en el fondo, nada, parece repetirnos la conciencia en la que va acumulando, como un sedimento de verdad, toda la amarga experiencia de la vida. Son poca cosa, pero en estos momentos se siente la necesidad de pronunciar esas palabras; pronunciarlas consuela y se experimenta algo así como el desahogo de quien hubiera contraído una deuda de honor superior a sus medios y lograra al fin satisfacerla.

Héctor y Zelmar tomaron en serio la política para afirmar el deber del hombre, de todos los hombres, de reconocer la realidad concreta y el valor de la libertad de escoger que les es proporcionada, para buscar realizar en común el bien de la República. Se impusieron, asimismo, una exigencia inaplazable: el respeto a la dignidad y a los derechos del hombre. La tarea es inmensa y compleja, pero todos tenemos que participar realmente en el esfuerzo solidario.

La paz no es posible sino como fruto de la justicia y la justicia impone el respeto al derecho de los hombres y de los pueblos.

Señor Presidente: ¡qué ya no sirvan más nuestras naciones platenses para el intercambio de seres humanos a los que se hacía desaparecer! ¡Qué no sirvan más para la tortura! ¡Qué no sirvan más para la muerte!, sino que como se ha dado en la Colonia del Sacramento el sábado y domingo pasados, sirvan para el intercambio comercial, la integración regional y la solidaridad internacional, basada en sus propios pueblos que, en definitiva, son el pueblo grande de la patria grande latinoamericana, para vivir en paz, en democracia y en libertad en todo el continente.

Por suerte, en nuestra Latinoamérica ya no se multiplican los regímenes de facto. Esos sistemas no creen en el derecho; las relaciones se vuelven relaciones de fuerza, tanto entre las naciones como dentro de ellas, por el terrorismo de derecha o de izquierda.

El carácter dramático de esta época pone en boca del Papa Juan Pablo II — que percibe el drama — estas palabras: "El único remedio está en el hombre mismo, qué debe transformar un sistema construido según la lógica inhumana del materialismo".

Hemos superado la etapa en la que cayeron Gutiérrez Ruiz y Michelini: la impuesta por las angustias surgidas por los abusos de poder, por la represión sistemática, por la delación, la violación, por los apremios físicos, la tortura, los exilios y las muertes; y para mayores males el ejercicio de una justicia sometida y atada.

En este entonrno, no podemos olvidar la otra angustia, producto de la violencia guerrillera, del terrorismo y de los secuestros realizados por extremistas. Sin duda alguna, todos estos hechos comprometen — cualquiera sea su signo — la convivencia social pacífica. Los regímenes de fuerza, desde luego, jamás serán escuela de participación, libertad y justicia, pilares sobre los que se asienta la democracia. Frente a ello levantamos el muro de contención de la democracia. ¡Democracia, democracia y más democracia! La única escuela de la democracia es el ejercicio — aún imperfecto — de la propia democracia. De esto tenemos que hacer carne en nosotros mismos, para afianzar la muestra e irradiarla al mundo.

Señor Presidente: la raza de los mártires ha estado siempre presente en la historia y ha estado presente, también, en nuestra historia patria. Por encima de las fronteras, los poderes absolutos modernos se comportan como los primeross tiranos y exigen, implícitamente, la misma adoración.

Sólo se puede comprender la grandeza y la importancia decisiva del legado de Gutiérrez Ruíz y de Michelini si se tiene en cuenta que su imagen transfiere su rebeldía a las jóvenes generaciones para emprender una vasta acción de dimensiones inconmensurables. Nuestros homenajeados de hoy no partieron en el momento en que se despiiderón; no murieron cuando cerraron los ojos y se apagó la luz de sus pupilas en manos de sus verdugos; viven todavía todo el tiempo que subsisten en el recuerdo; lo que mata no es el desfile de las horas amargas; lo que destruye no es la muerte; lo que aniquila y devuelve enforma definitiva al seno de la nada es la suprema desintegración del olvido.

Simbolicamente, los filósofos griegos pregonaban una verdad: todos los muertos no son iguales, algunos se extinguen de una sola vez, otros se sueldan al recuerdo durante largo tiempo y algunos renacen en la inmortalidad. La verdad es que su suerte depende de la medida de nuestra gratitud, se halla subordinada al quántum de nuestro afecto y que cuando se desvanecen en realidad, es en el momento en que se pierden en el vacío que al olvidarnos de ellos, les hemos abierto para siempre en nuestras almas.

En nombre de la Unión Cívica, señor Presidente, quedan aquí mis palabras y las dejo en la guarda de esta noble Sala, sabiendo que el pueblo secunda afanosamente esta patriótica tarea de rendir emocionado y perenne homenaje a las personalidades de Gutiérrez Ruiz y Michelini. Su recuerdo no pasará con la rapidez con que se suceden las imágenes en la movilidad de las sombras. Nos lo garantiza la multitud que se dio cita en las calles, la presencia reinvindicadora de quienes fueron sus amigos y correligionarios, de quienes fueron sus admiradores, de quienes fueron sus compañeros en este Parlamento, de todos aquellos que anduvieron un treche del camino en su compañía y que lograron percibir, a tra-

vés de sus personalidades, la luz de sus virtudes, como se logra divisar el resplandor centelleante de dos estrellas a través de los celajes de la aurora. Porque, señor Presidente, un nuevo día está amaneciendo en nuestra patria.

Nada más, señor Presidente.

SEÑOR PRESIDENTE. — En nombre del partido Colorado, tiene la palabra el señor legislador Hierro Gambardella.

SEÑOR HIERRO GAMBARDELLA. — Señor Presidente, señores legisladores, público que colma las barras: me resulta difícil y tal vez casi imposible superar las profundas emociones que llenan mi corazón en el momento en que tengo que recordar a dos legisladores muertos en el destierro; me resulta difícil y casi imposible porque comprenderán, los que no lo fueron, la emoción que debe tener alguien que fue compañero de ellos, pero — permítaseme la exclusión — alguien que tuvo hondos sentimientos fraternos con uno de ellos. Es realmente difícil emprender la hazaña de evocarlos. Sin embargo, me ayuda el símbolo sencillo y conmovedor de este pueblo que vino caminando por las calles, desde la calle Héctor Gutiérrez Ruiz y desde la calle Zelmar Michelini, esta última tan auténticamente propia como que Zelmar Michelini vivió en la que hoy lleva su nombre; este pueblo que vino caminando por las calles de Montevideo aclamando sus nombres hasta llegar al Palacio Legislativo, depositando no la muerte de Zelmar Michelini y de Héctor Gutiérrez Ruiz, sino el símbolo vivo de cada uno de ellos, quienes, en la vivencia de su pueblo que ha creído en ellos, están entre nosotros en esta Asamblea; son parte de la representación nacional, integran la voluntad de la Nación que ha ordenado reconstruir la democracia con un mandato de amor para todos.

En mi conducta moral, no tengo por hábito dejarme dominar por los odios; prefiero siempre que, por encima de ellos y en el debido tiempo, funcione la razón y luego el amor. Es por este motivo que ahora voy a hablar de estos dos hombres como si estuvieran entre nosotros.

Brevemente hablaré sobre Héctor Gutiérrez Ruiz, porque lo conocí muy poco y, además, porque estoy seguro que el discurso que hará el señor legislador Zumarán será de una brillantez especial al referirse a su amigo y compañero. Recuerdo, sí, que hace dos años, en la casa del señor legislador Zumarán un grupo de ciudadanos representantes de los partidos políticos del país resolvimos redactar una proclama en el recordatorio del fallecimiento de estos dos hombres. En esa ocasión, cada uno trató de incorporar en la proclama una expresión, una frase, un concepto, una metáfora, que luego fueron recogidas con austera nobleza y exactitud en el magnífico documento que redactó el señor legislador Alberto Zumarán. En aquel momento pensando en la imagen de uno y de otro, se me ocurrió decir sobre Gutiérrez Ruiz que era telúrico y, sobre Michelini, que era aéreo. Michelini representaba el aire vivo de la ciudad libertaria y Gutiérrez Ruiz representaba la fuerza de la tierra, y trasladándose a las profundidades del orbe, como uruguayo, no solamente era castizo, sino que tenía el hondo casticismo hispánico que lo definía, porque Gutiérrez Ruiz era un criollo hispánico y por eso amaba la libertad.

Sin conocerlo mucho, sé que su concepto filosófico de la vida en la búsqueda de las raíces, en muchos aspectos, tal vez, era distinto al mío, pero en el fondo, llegando a los conceptos madres y esenciales que hacen de un hombre un hombre; amó la libertad amó la justicia, amó a su Patria y amó a la gente de su Patria.

Me siento en la necesidad de hablarles, sobre todo a los jóvenes que hoy están aquí, del otro mártir, de Zelmar Michelini. Así como lo he visto esta tarde en la melancolía del recuerdo y en la profundidad de mi sentimiento, lo veo entrar en la Sala; me pareció que, empujado por ese pueblo que lo invocaba, llegaba a esta Sala. Así, literalmente, el 15 de febrero de 1955, con poco más de treinta años, Zelmar Michelini entró a esta Sala; tal vez con una gran sonrisa, con una mirada de infinita inocencia y de honda profundidad, con un arrebato grácil y al mismo tiempo viril, con su perfil de extraordinaria energía, con hondura en el contacto entre los seres humanos para, de pronto y ya, hacerse amigo para siempre. Lo veo sentado en las primeras bancas de este sector, y además recuerdo con intenso dolor, distinto pero a la vez muy hondo, que muy pocos días después de ese episodio — para mí histórico, por tantas circunstancias — también se sentó allí Manuel Flores Mora.

Naturalmente son horas de melancolía en los recuerdos de la muerte, pero también es hora de balancear en el péndulo infinito entre la vida y la muerte, qué es lo que queda de un lado y de otro, hasta dónde han sido fecundas las vidas y hasta dónde también han sido fecundas las muertes.

Zelmar Michelini tenía un atractivo personal poco creíble por la inmediatez, por la rutilancia, por la calidez con que apresaba el afecto, el cariño, el respeto y la admiración de la gente. En un minuto, apenas en un instante, uno se sentía su amigo, sentía recorrer viejas historias del pasado como si fueran propias y comunes; sentía en aquella mano tan cálida, que se entregaba con tanta fuerza, la trasmisión no solamente de una amistad sino de algo que venía desde más hondo. Reitero que tenía un inmenso atractivo y mucha gente, simplificando las expresiones, dice que tenía carisma, como si carisma significara atractivo, cosa que no es así. Pero, señor Presidente, Michelini tenía carisma o, para ser más preciso, integraba el mundo del carisma.

En la única cita que voy a permitirme realizar, reclamo la autoridad nada menos que de Max Weber, tal vez el más grande pensador político y filosófico de este siglo.

Cuando define el carisma dice "El poder del carisma se basa en la creencia en la revelación y en los héroes, en la convicción emotiva de la importancia y el valor poseídos por una manifestación de tipo religioso, ético, artístico, científico político, o de otra especie" — y agrego yo irreverentemente: también deportivo — "del heroísmo — tanto guerrero como ascético — a la sabiduría judicial, de los dones mágicos o de cualquier otra clase. Esta creencia transforma 'desde dentro' a los hombres e intenta conformar las cosas y las organizaciones de acuerdo con su voluntad revolucionaria".

Y leyendo estas páginas del maestro Weber — que naturalmente hace mucho que las había leído — me encuentro que aquí hay dos o tres cosas que están tocando el perfil de Michelini: el heroísmo tanto guerrero como ascético. Desde luego, el heroísmo de guerrero de Zelmar Michelini no era del que blandía la lanza, sino el heroísmo del luchador, del espléndido y espontáneo luchador por causas sociales, del abnegado hermano de los sufrientes, del esperanzado portavoz de los silenciosos. Pero también, los que conocimos a Michelini, los que lo conocimos en la observación cotidiana de su vida, de su pensamiento y de su acción, nos encontramos con que Weber apunta a otra definición y a otro sentido de Michelini: el ascetismo. Porque Michelini, que era florentino, que era egregiamente alegre, que tenía tanta ternura en el fondo de su alma, en el hondón de su soledad, tenía mucho de asepsis, de limpieza profunda y severa de su alma, para poder entregarla toda como una espada rutilante en los caminos de la lucha.

Estoy seguro que si en vez de ser esta oportunidad tan extraña, tan luctuosa — y al mismo tiempo, tal vez, en cierta medida estimulante para mí — al lado mío en este momento estuviera sentado Zelmar Michelini, me reprocharía este tipo de discurso si se lo hubiera dirigido a otro. Porque Michelini siempre decía que él era antihistoricista. Yo no sé si él, como el señor Presidente, fue devoto de Pooper, pero él se sentía antihistoricista en la misma medida en que creía que al hombre no había que desplegarlo, sino que juntarlo en sus esencias. Y yo — perdóneme, señor Presidente y que me perdone la

memoria de Zelmar — trato de ser historicista porque veo al hombre como un río en el tiempo. Yo soy heraclitano y veo a Zelmar Michelini correr como un río en su tiempo; un tiempo que sembró de interrogante, un tiempo que sembró de luchas, un tiempo que sembró de esperanzas, en las modificaciones y alteraciones, en los preludios dramáticos de este tiempo que hemos vivido juntos.

Zelmar Michelini no tuvo —y me voy a permitir una irreverencia— una ideologia; fue más que un hombre con una ideología: fue un hombre que tuvo ideas; que para mí siempre es mucho más importante el hombre que tiene ideas que aquél que tiene ideología.

La ideología a veces es un resero menor, que unifica dogmatismos —puede ser también otra cosa, y lo respeto— pero en el caso de Michelini yo, en el recuerdo vivo de su persona, en el diálogo constante que con él, como con otros grandes hombres, vivos o muertos, todos podemos tener en las circunstancias y en nuestras preguntas, en la interrelación constante que aún después del día lleno de fatigas todo ser humano debe hacer para saber si está con el deber y ha cumplido el suyo, yo, a Michelini, no lo veo como un hombre con ideología, sino como un hombre con ideas, portentosamente dotado por el bien espiritual de las ideas y dador de ese bien como de tantos. Se podría decir que aquellas ideas de Michelini eran el fruto maduro de su reflexión y de su pensamiento; a algunas las compartí, otras las tengo y otras no las compartí. Por ejemplo, en materia histórica, Michelini era revisionista y yo no soy revisionista. El era auténticamente revisionista. Desde su juicio sobre Bartolomé Mitre a su juicio sobre Perón —me sitúo en la historia argentina—, todo su pensamiento era auténticamente revisionista, y yo nunca fui revisionista. De ahí que en esta materia podía haber largos enfrentamientos y no los hubo porque el dialogo es mucho más fecundo entre dos seres que se respetan cuando las ideas son distintas y se reparten las ideas, se las distribuyen. Y así lo hicimos largamente en esta materia, así como en otras. Pero sé que en otras — y estando muy por encima de calificaciones menores, que valen para lo electoral pero no para lo vital— fui, soy y seré su correligionario, dicho esto en el sentido final, esencial, íntimo de la palabra correligionario: aquéllo que nos junta. En este caso, gramaticalmente hablando, una religión: la religión de servir.

Yo me siento correligionario de Zelmar Michelini, a pesar de que nos hayamos enfrentado, que él haya estado en un partido y yo en otro. Me siento correligionario con Gutiérrez Ruiz, a quien conocí menos. Pero en las ideas de la libertad del hombre, en las ideas de la justicia social, en las ideas de la distribución de los bienes materiales y espirituales en la tierra para todos, en las ideas de la dignidad humana, en las ideas de la debida ternura al sufriente, en ese cristianismo que tendrá o no tendrá Cristo, que muchos compartimos —o tal vez todos—, ¡vaya si me siento correligionario de Michelini! ¡Vaya si me olvido de los enfrentamientos!, que los tuvimos, ásperos y duros, pero siempre concluidos, señor Presidente, con aquella sonrisa que era la mágica expresión de su fraternidad y de su respeto.

Yo no sé, tendría que buscar con lupa y no lo encontraría, y tendría que buscar un aumentativo visual más grande para ver quién no quiso, no respetó, no admiró, no se sintió amigo de Zelmar Michelini. Digo que en las tres Legislaturas en que estuvimos juntos como diputados y en Legislatura y media que tuvimos como senadores, Michelini encontraba amigos en todos por su bondad, por su grandeza de alma, por su valentía absolutamente incomparable, por su rectitud, entre ellos alguno muy grande, que sintió el dolor de la separación de Zelmar Michelini: Luis Batlle. Luis Batlle sufrió el dolor de la amistad perdida con Zelmar Michelini; admiró y respetó siempre a aquel hombre y no tuvo un minuto tal vez de pasión que cegara su visión, viendo en aquel hombre una expresión de la República.

Señor Presidente: ¡yo qué sé que podría decir que tuviera el sentido de expresar la opinión de la bancada, a la que no he consultado ni he podido consultar, ni he querido consultar porque en definitiva me siento yo mismo representante de mí mismo, y tal vez por eso representante de muchos y de todos! Digo, por ejemplo, que cuando murió Zelmar Michelini todos lloramos un poco, todos sufrimos un poco. Me acuerdo aquellas noches absurdas y aquellos días absurdos en que recorríamos, haciendo una cortesía incomprensible para nosotros mismos, embajadas y grandes señores que nos recibían y nos convidaban con café sabiendo que aquello no era nada, nada más que fatigarnos para tratar de cerrar nuestra emoción ante la inminencia de una muerte. Me acuerdo de esos días y digo que cuando un hombre recibe el llanto de un pueblo, pero más que el llanto, la sensación de que ese pueblo está muriendo con esa muerte, ese hombre es inmortal en la misma medida en que ese pueblo que está muriendo renace en las esperanzas de la democracia.

(Muy bien)

Señor Presidente: yo he leído a un gran novelista, tal vez el más grande del siglo XX, judío, que se llama Franz Kafka, que es un gran autor de las adivinaciones del absurdo.

Este pobre judío vivía en Praga, su ciudad, y escribía libros que muy pocos entendían, que nadie tal vez podía entender en su dimensión universal. De pronto, Kafka muere y un amigo entrañable salva del incendio despiadado que el autor había ordenado, sus obras, y éstas se publican entre los años 1925 y 1930. Uno se encuentra con una cosa prodigiosa. Aquellos libros anuncian el advenimiento del nazismo. Toda la metáfora difícil de aquellos símbolos, de aquellas expresiones torturadas de este gran poeta terminaban en la revelación mesiánica —en el sentido más sombríamente negativo— del advenimiento del nazismo.

Bien, señor Presidente. He estado repasando —no he tenido más remedio que acercarme a donde no quería— las lecturas sobre los cálculos y posibilidades de lo que ocurrió con Michelini y Gutiérrez Ruiz en esos días tremendos desde su rapto hasta su muerte. Me encuentro con que eso tiene el mismo absurdo que tenían las obras de Kafka. Cuando llega un hombre a la casa, al lugar donde está Michelini y le dice: "Zelmar, ha llegado tu hora", tal vez se lo dice hasta con ternura —perdóneseme la exageración verbal— porque es un alma encenegada, hasta tal punto que no sabe nada de amor y de odio. Ese hombre cree que hay alguien, que es más que Dios o la naturaleza, que ha marcado la hora de Zelmar Michelini y cumple con ese designio monstruoso como si fuera un mandato de algo superior a sí mismo. Hay alguien en un lugar sombrío y escondido —alguien que algún día sabremos quién es— que puse su dedo de ciénaga y dijo: "Esta es la hora de Zelmar Michelini". Y hubo hombres que salieron, oscuros, en una gran ciudad, disfrazados de vileza, raptaron a dos uruguayos y los mataron. Y esto, señor Presidente, que corta el corazón de nosotros, esto es el fascismo, esto es el nazismo. Cuando se dice con alegría formal de almanaque que hace tantos años que derrotamos al fascismo y al nazismo, ahí lo estamos viendo: la muerte de Michelini y Gutiérrez Ruiz es el producto exacto y estricto de aquel sueño sombrío de Franz Kafka, que luego se llamó el fascismo.

Señor Presidente: ¿cómo terminar? Hoy pensaba algo tratando de explicarme a mí mismo ciertas angustias que todo hombre tiene. Pensaba que todas las culturas, por lo menos las que escasamente conozco, se tratan de entender, autoentender o interpretar a través del estudio de una agonía. Los griegos, con el genio de Platón, estudiaron la agonía de Sócrates y se preguntaron qué es la agonía de un hombre: ¿es la desaparición de todas sus fuerzas, la claudicación de todas sus voluntades, o el renacimiento de algunas cosas? Y cuando descubrieron el valor más importante y agónico, en el más alto sentido de la palabra, de la cultura helénica, le hicieron decir a Sócrates algo que tal vez haya dicho: "muero por la libertad".

Y ahí están los Evangelios, libro máximo para todos y para mí, que no soy creyente, de estremecedora

emoción. Y ¿qué hacen los Evangelios sino examinar cuál es el sentimiento de la agonía que tiene el protagonista del cristianismo?

Naturalmente, no voy a abusar de una erudición que no poseo. Pero ¿qué es en el plano literario —todo lo literario es vida— el examen del último sueño de Fausto sino la agonía de Fausto y la agonía de una civilización, de una cultura y el sentimiento afirmativo y creador de esa cultura que termina en la esperanza del trabajo y la libertad? Y ¿qué es el poema de Borges sobre Laprida, sino el examen de la agonía de un liberal, que tal vez con él vea morir sus propios sueños?

Apunto, señor Presidente, a los dos protagonistas, los hermanos, luego de haberlos separado. ¿Cómo fue la agonía de Gutiérrez Ruiz y de Zelmar Michelini? No la quiero pensar para mí; la quiero pensar para un poeta o un dramaturgo que dentro de cien años escribiera la epopeya de nuestro tiempo y el drama sufrido de estos hombres que perdimos la libertad que perdimos territorio, que perdimos el alma, que fuimos avasallados y que estamos renaciendo.

Estoy seguro, señor Presidente, que, por encima del estrujamiento moral, del sufrimiento sin límites, de la humillación, de la desaparición de las capacidades volitivas y de lucha de aquellos hombres, los dos agonizando, en su alma, por encima de toda noche apuntó como una aurora el pueblo de la República.

(Aplausos en la Sala y en la Barra).

SEÑOR PRESIDENTE. — En nombre del Partido Nacional, tiene la palabra el señor legislador Zumarán.

SEÑOR ZUMARAN. — Muchas gracias, señor Presidente.

Difícil, muy difícil es rendir nuestro homenaje a Gutiérrez Ruiz y a Michelini, al Toba y a Zelmar, a Zelmar y al Toba. Sabíamos que era difícil, pero mucho más lo es después de escuchar a los señores legisladores Hierro Gambardella y Daverede.

Congregada la Asamblea General para tributarles homenaje, me parece que lo primero que debo decir es que no es éste el primer homenaje que los uruguayos tributamos a Zelmar y al Toba. Es sí distinto; es el primero en libertad, pero tal vez el primer homenaje que les tributamos fue aquella difícil mañana en que les dimos sepultura. El país vivía horas muy difíciles, un gran miedo nos llenaba a todos y, sin embargo, una gran multitud se congregó en el Puerto, en las calles, en el Cementerio Central para Zelmar y en el Cementerio del Buceo para el Toba. Yo fui de los que quedó afuera del Buceo, no me dejaron entrar. Pero pude llevar una bandera, que era de mi familia. Allí, manos amigas la pusieron sobre el cuerpo del Toba y otras manos la arrancaron: un oficial se llevó aquella bandera con la que sus amigos habíamos querido simbolizar lo que el Toba significaba para nosotros: un pedazo de la Patria. No sé dónde está esa bandera; qué fue de ella; en qué manos habrá caído. No importa. Esa bandera no es el género material; la bandera nacional es otra cosa: es lo que todos los uruguayos, primero unos pocos, y después más, fuimos elaborando todos estos años. En eso también nos sirvieron el Toba y Zelmar. Cada 20 de mayo rendimos nuestro homenaje a los dos amigos caídos. Anduvimos buscando alguna iglesia donde poder celebrar —muy pocos— una misa a escondidas; en una de ellas hasta el mismo sacerdote que la ofició, fue preso.

Ya cuando la dictadura caía hecha pedazos pudimos ir al cementerio y hasta hacer uso de la palabra, en esa instancia que recordaba con extrema generosidad don Luis Hierro. Esa fue la oportunidad —creo que la primera— en la que públicamente se pudo hablar en este país de Zelmar Michelini y de Héctor Gutiérrez Ruiz. Allí, un periodista, Fontoura, leyó un documento con extraordinario valor y arrojo para aquellos tiempos que vivíamos. En ese documento decíamos que todavía teníamos una deuda con Zelmar: Elisita presa, ¡y vaya si sufrió Zelmar con Elisita presa! Esa deuda el país entero la pagó: Elisita está libre porque no hay más presos políticos en el Uruguay. Y en la noche en que aquí se votó la amnistía —donde también quiso el destino que con don Luis Hierro estuviéramos muy lejos— tuvimos un recuerdo para aquella deuda que decíamos haber contraído.

Creo que nos queda otra deuda con Toba y con Zelmar: tendríamos que saber quién los mató, quién los asesinó y qué pasó en aquel oscuro mayo de 1976.

(Apoyados)

—Para eso la Cámara de Diputados designó una Comisión Investigadora. Todo uruguayo honrado tiene el deber inexcusable de colaborar con esa investigación. La democracia uruguaya tiene que llegar a desentrañar quiénes fueron los autores de estos crímenes horribles.

(Apoyados)

—Por supuesto que eso no nos va a devolver la vida de Zelmar ni la del Toba. Esas son pérdidas irreparables. Basta pensar lo que sería esta misma Asamblea General teniendo sentados —como seguramente lo estarían— aquí a los dos: al Toba y a Zelmar. Esa es una pérdida que no hay manera de recuperar.

Pero creo que todos tenemos una obligación ética para llegar a desentrañar lo que pasó en aquel mayo de 1976. Y eso, con seguridad, se hará. Ya no importa el nombre de quienes ejecutaron la operación y ni siquiera el nombre de quienes la ordenaron o dirigieron. No hay dudas de que al Toba y a Zelmar los mató la histeria, la locura que se apoderó aquellos años del Uruguay, de la Argentina, de Chile, de Brasil, de Paraguay y de Bolivia. Solamente así se concibe la impunidad con que aquella gente actuó y la fría serenidad con que hicieron todo. Entonces uno tiene que pensar —y esta me parece que es la gran enseñanza que queda para el futuro— que tal vez los verdaderos autores de esta tragedia fueron todos los que adoctrinaron, todos los que inventaron este sistema basado en la llamada doctrina de la seguridad nacional en virtud de la cual nuestros países fueron arrasados y donde aquí se cometieron, al igual que en la Argentina, Brasil, Chile, Bolivia y Paraguay, toda clase de iniquidades. Tenemos que pensar y descubrir quiénes fueron los que adoctrinaron a esos monstruos para que nunca más una tragedia semejante caiga sobre nuestros pueblos. Lo increíble es pensar que esta gente tal vez no haya querido matar a Zelmar y al Toba. ¿Qué peligro representaban en aquellos años en que lo dominaban todo?

Zelmar y el Toba fueron un símbolo en el exilio, comiendo todos los días ese duro pan del exilio, con sus dificultades terribles, con las dudas y con la incertidumbre; un exilio que quizás haya sido más duro para Michelini que para Gutiérrez Ruiz. Pero que, sin embargo, sobrellevaron con tremenda dignidad. Lo que a esta gente ofendía y que, a mi juicio, los llevó a matarlos, era no poder resistir a dos hombres libres, a dos conciencias libres...

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

...que no se resistían a caer. No podían tolerar la presencia de dos espíritus superiores que aceptaban con alegría y con esperanza el duro trance que estaban viviendo. Eso se simbolizaba en dos compatriotas: el Toza y Zelmar. Pero, en definitiva, cuando los mataron nos querían matar a todos nosotros, a todos los que no estábamos dispuestos a entregarnos, a todos los que queríamos seguir peleando por la libertad y por la dignidad del ser humano.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Nos querían matar a todos, querían matar el carácter nacional, la identidad nacional.

El Uruguay no es un país cuya personalidad esté signada por un gran territorio, por una raza; tenemos

la misma raza que nuestros vecinos, formada, además, por aluviones inmigratorios. Somos todos hijos de inmigrantes y hasta se da esta característica que señalaba don Luis: uno, descendiente de italiano, y muy italiano en su sangre; el otro, descendiente de español, y muy español en su sangre y en su estilo.

El Uruguay es una comunidad espiritual cuya personalidad histórica se debe a la comunión en ciertos valores. Los uruguayos, en el fondo del ser nacional, divididos a lo largo de la historia entre blancos y colorados, caudillos o doctores, logramos una cohesión nacional porque, por encima de esa división, había ciertos valores esenciales a los cuales, en definitiva, todos rendíamos tributo. Y Gutiérrez Ruiz y Michelini eran un símbolo de esos valores: tolerantes, abiertos, magnánimos, Wilson Ferreira, que compartió con ellos el exilio, siempre destaca que allá, en el Coventry, Zelmar recibía todas las mañanas a cuanto uruguayo perseguido iba a dar a Buenos Aires. Pero no sólo lo recibía, sino que nunca preguntaba, ¿tú de qué partido eres? ¿qué hiciste?; ¿por qué vienes disparando?; ¿cuál es la causa que te trajo aquí? Simplemente bastaba con que fuera un compatriota perseguido y, ante ese hecho, Zelmar se ponía invariablemente a su servicio.

Gutiérrez Ruiz vivió aquellos años en Buenos Aires bajo el vértigo de ayudar a la gente y de soñar todos los días con la vuelta. Las dos o tres veces que lo vi en Buenos Aires, siempre se juramentó y me prometió que la dictadura caía en tal fecha y que en esa fecha él iba a estar acá. No le creía, pero no importa; él así mantenía su esperanza y nos la infundía a todos para seguir luchando en un tiempo muy difícil.

Son miles los uruguayos que en esos años tuvieron que disparar de esta tierra y que encontraron la ayuda del Toba y de Zelmar, de Zelmar y del Toba. No importaba de qué partido eran; a nadie se le ocurría preguntar qué habían hecho ni porqué disparaban, porque los valores humanos están por encima de las divisas, de las opciones. Eso lo encarnaban magníficamente bien.

Lo increíble de esto es que los asesinos perdieron. Si quisieron quitarnos dos hombres, dos símbolos, para que no tuviéramos su ayuda, su alimento en la lucha, esta gente, que por su histeria es además muy bruta, en vez de quitarnos dos símbolos, dos paradigmas de la libertad, nos dio un arma tremenda para luchar contra la dictadura.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

No hay acto de la resistencia contra la dictadura que no esté inspirado en la muerte del Toba y de Zelmar. Increíblemente, los mataron a los dos juntos. Nunca habían estado juntos en la vida política del país. Habían pertenecido a partidos opuestos; se habían combatido. En Buenos Aires se ayudaban, se veían, pero no tenían ninguna asociación ni sociedad. Simplemente convivían el duro pan del exilio. Pero fue la dictadura la que los unió y matándolos juntos, ahí quedó marcado el camino: toda posibilidad de derrotar a la dictadura pasaba por la unidad nacional, y esta unidad estaba simbolizaba en el predio crimen de la dictadura que los había matado juntos. Y todos los esfuerzos —como el que relató don Hierro— con hombres de todos los partidos reunidos en mi casa, se repitieron durante todos estos años en cientos de casas, en cientos de lugares entre blancos, colorados, frenteamplistas, cívicos, hombres sin partido, políticos, dirigentes gremiales, todos juntos nos encontramos peleando por la libertad de esta tierra. Porque la dictadura nos unió en el dolor, en sus crímenes, y no hay dolor y crimen mayor que haber matado juntos al Toba y a Zelmar. Los mató a los dos juntos, a dos hombres jóvenes, especialmente el Toba, quien tenía por delante toda su vida política que recién empezaba; matar a dos hombres jóvenes, dos hombres dispuestos al cambio, motores del cambio en su país, como queriendo decir que eso le resultaba algo irresistible. Pero en el recuerdo del Toba y de Zelmar, en la juventud de ellos, especialmente del Toba, sigue habiendo un compromiso por un Uruguay distinto, un Uruguay diferente, un Uruguay de cambio. Y eso también lo simbolizó la dictadura matando a dos hombres jóvenes.

El Partido Nacional nutre su acción política con la historia, con la tradición, con el legado que nos van dejando los miembros del Partido, con los cuales sus contemporáneos convivieron, tal vez sin darse cuenta de la trayectoria, de la personalidad que reflejaban. Algo de eso nos ha sucedido a todos los nacionalistas que convivimos con el Toba.

Desde muy temprana edad —él era unos años mayor que yo— aprendí del Toba, nacionalismo, herrerismo, porque era un herrerista fanático. Invocaba a Herrera, al Viejo, con una unción, una reverencia y una pasión tremenda. Fundamos con él un movimiento, el "8 de abril", recordando la fecha de la muerte de Luis Alberto de Herrera. Nacionalista y americanista vivía todos los acontecimientos como si le fuera la vida en ellos. Vivía los acontecimientos de Perú y era aprista, el más aprista de los apristas, y no había nadie, ningún peruano, más hincha de Haya de la Torre que el propio Toba. Vivía los acontecimientos brasileños como si él lo fuera; era más trabalhista que cualquier trabalhista brasileño. Vivía la realidad argentina como propia y también la vivió en el exilio, generalmente más peronista que radical; se peleaba tremendamente si alguien sostenía lo contrario. Gustaba de todo, quería vivir todo. Como nacionalista nos deja una hermosa enseñanza, una estela, un camino. Puede parecer un poco grandilocuente lo que voy a decir, pero este Partido, el Partido Nacional, se ha forjado en el ejemplo de Oribe en el Cerrito, del gobierno de Berro y de Leandro Gómez en Paysandú. Sí, Berro cayó; Oribe también cayó y a Leandró Gómez lo mataron.

La lucha contra la intervención extranjera la hemos sentido con una hondura y una profundidad basadas en el sacrificio y la muerte de Leandro Gómez y en la resistencia de Oribe en el Cerrito. Saravia cayó en Masoller, pero toda vez que un nacionalista levanta la bandera de la libertad política, está pensando en Saravia. Entonces, toda vez que nos enfrentemos a la dictadura y toda vez que a alguien se le ocurra implantar —o pretender implantar— una dictadura en el Uruguay, nosotros estaremos pensando en Héctor Gutiérrez Ruiz, para combatirla con todas las fuerzas y hasta morir luchando contra ella.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Si creyeron que matándolos nos hacían daño —claro que nos hicieron daño en el afecto y en el sentimiento, pero ya nos cansamos de llorar sus muertes, y en eso también involucro a Zelmar, de quien con razón decía don Luis que era revisionista; si en política internacional hasta se había hecho casi herrerista, y tanto es así que tuvimos con él algunas conversaciones sobre eso—, si creyeron que nos hacían daño y que nos quitaban un arma de combate matándolos a Zelmar y al Toba, bueno, la prueba está en que no dejamos ningún 20 de mayo de recordarlos; la prueba está en todo el pueblo que vino caminando hasta aquí, hasta el Palacio Legislativo; la prueba está en este homenaje.

Sobre esta base, voy a manifestar lo siguiente: no sé quiénes fueron, pero vamos a decirles a los asesinos, desde el fondo del alma y del corazón, que nosotros recordamos.

¡Viva el Toba! ¡Viva Zelmar! ¡Viva la libertad!

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. — Para cerrar este homenaje, en nombre de la bancada del Frente Amplio, tiene la palabra el señor legislador Batalla.

SEÑOR BATALLA. — Señor Presidente, señores senadores, señores diputados, señoras y señores: deseo formular una pequeña precisión inicial. Ha dicho el se-

ñor Presidente que voy a hacer uso de la palabra en nombre de la bancada del Frente Amplio, y es verdad. El Frente Amplio me ha honrado designándome para hablar en su nombre en este acto del día de hoy. Pero no sería honesto si no dijera que me siento obligado a hacer uso de la palabra hoy y aquí, en representación de mi propio corazón, en un discurso...

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

...en un discurso, señor Presidente, que ha sido demorado nueve años. Yo era quien debía hacer uso de la palabra en el acto del sepelio de Zelmar; la policía impidió que lo hiciera. Yo fui —al igual que el señor legislador Zumarán— uno de los que no pudieron entrar al Cementerio.

En esta vida nuestra, a medida que se va haciendo más larga, cada día vemos con mayor significación el valor de los símbolos. Pienso que es simbólico que hoy, este primer homenaje que en libertad se les brinda a a Zelmar y al Toba, se lleve a cabo en el ámbito de esta institucionalidad plena, con la Asamblea General funcionando en un país donde nuevamente reina la democracia. Siempre he sentido —y lo he reiterado muchas veces— que un homenaje nunca es solamente un recuerdo. Un homenaje no es el lustre frío de un mármol. una corona de flores, ni siquiera un llanto. No se cumple jamás apretando los dientes, apretando los puños y llorando en silencio. Es por eso que cada uno de nosotros tiene hoy que decir, en este Uruguay que nuevamente estamos construyendo para la vida y para la democracia, qué es lo que hemos hecho en estos años, qué es lo que hacemos hoy por el país y qué haremos en el futuro para que en este Uruguay el hombre sea realmente hombre, la vida sea realmente vida y la libertad sea realmente libertad.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Hay frases —y en estos momentos en que, naturalmente humanos y débiles, las emociones y las nostalgias nos llegan que nos quedan grabadas, sobre todo cuando pensamos en el silencio que existió en este país. Recuerdo siempre una frase de Spies, uno de los mártires de Chicago, que cuando lo llevaban a la muerte dijo estas palabras proféticas: días vendrán en que nuestro silencio será más fuerte que nuestras voces que hoy acallan con la muerte.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Y no pudieron callar a esos hombres, y el 1º de mayo fue y es día de conmemoración, de recuerdo, de fe y de esperanza de los trabajadores de todo el mundo.

Y recuerdo también una frase bastante similar que otro hombre grande, también muerto en el exilio, dijo: las voces del silencio, entre ellas la nuestra, volverán a hacerse oir con nosotros o sin nosotros. Y para él fue sin nosotros. Para él fue también un regreso sin su voz, pero con voz. Eran palabras de Quijano.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Yo no quise, señor Presidente —y pido excusas por eso— traer nada preparado. Entendí que hoy, aquí, debía ser nuestro corazón el que hablara, como fue también para otros compañeros, el corazón el que habló. Hubiera querido que en esta sesión de hoy sonaran las palabras y la voz del propio Zelmar y del propio Toba.

Y entre las cosas que recogí voy a leer algunas que señalan la vigencia del pensamiento de Zelmar. En ese agolpar de recuerdos que permanentemente constituyen nuestra vida, pienso en aquel 20 de mayo de 1976. No sé si ustedes saben que en un día como el de hoy, Zelmar cumpliría sesenta y un años.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Desde el 18 de mayo hasta la madrugada del 22, todo el país vivió la incertidumbre. Ese día, 22 de mayo de 1976 —un sábado— se dio por esas cosas del azar el hecho de que la dictadura había fijado una visita mía, como defensor, a Elisita Michelini, entonces recluida en el cuartel de La Paloma. La visité a las tres y media de la tarde, y creo que nos dijimos poco, con la presencia del soldado delante. Elisita es, como Zelmar, una figura inmensa en su alegría y en su fortaleza.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

¡Cómo no entender esa frase que le dice Zelmar en la carta que hace pocos días se ha hecho pública: "Ni aún sola, estás sola; ni aún débil, eres débil"! Es que no era débil.

Ese día yo visité a Elisita Michelini. No sé si ella intuyó algo en mi mirada; sé, sí, que sin decirnos nada, nos dijimos todo. Ese día habían aparecido muertas en Buenos Aires cuatro personas: Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz, Rosario Barrero y William Whitelock.

Conocí a Zelmar y al Toba íntimamente; a Zelmar de toda la vida. No conocí al muchacho; sí a la única joven que murió en esa circunstancia. Lo hice a través de un expediente de otra defendida. Casi una niña, no recuerdo ni su cara ni su rostro; no recuerdo si sonreía o no. Recuerdo solamente su nombre: Rosario Barrero, con la frialdad que tienen las tapas de los expedientes.

Este tipo de episodios, con todo su dolor, con toda su tragedia, con todo lo que ellos encierran de inenarrable verdad, nos hacen pensar, a veces, hasta dónde puede llegar el ser humano: a matar a otras dos personas, además de a Zelmar y al Toba, con el solo propósito de urdir la patraña de la vinculación con la guerrilla.

(¡Muy bien!)

A veces llegamos a pensar que el hombre no tiene límites en su miseria y que el entorno de esa realidad que durante tantos años nos agobió, es el elemento deformante de toda una concepción del ser humano.

Tal vez no he conocido otro hombre con más capacidad de amar que Michelini.

Pido disculpas, pero no puedo dejar de recordar en este momento una frase que, cuando ingresé a la Facultad, citó un compañero que se recibía con medalla de oro. Esa frase —que creo que era de Whitman— expresaba la concepción que él tenía del mundo nuevo, del mundo a crear: "Quien camina una legua sin amor, camina amortajado hacia su propia tumba". Y Zelmar fue un hombre que caminó siempre con amor; amor en el más puro sentido de la palabra, porque amaba a su pueblo, amaba a su gente, amaba a este país, amaba a este Parlamento. Era un hombre de paz, un demócrata, y fueron canallas quienes quisieron manchar su memoria...

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

...pretendiendo crear una imagen que Zelmar nunca tuvo.

Fue siempre, digo, un hombre de paz. Creo que aquel que es capaz de dar es, sin duda, el único que conoce el amor en su plenitud. Y Zelmar vivió para los demás; nunca tuvo un pensamiento para sí; nunca tuvo un pensamiento egoísta. Y esa imagen es la que permanentemente debemos intentar rescatar. No debe verse en él solamente al político brillante al hombre inteligente como hay muy pocos en el mundo. Sin embargo, no es difícil encontrar un hombre inteligente, ni un hombre brillante: sí lo es encontrar un hombre bueno y Zelmar fue un hombre bueno.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Entendemos que un homenaje debe implicar un recuerdo; pero, mucho más que eso, debe implicar un compromiso y siempre, siempre una esperanza.

Decía el señor legislador Hierro Gambardella que resultaba difícil evocar a Michelini. Yo digo que sí, porque

la evocación en sí implica un pasado y ninguno de ellos —y al decir "ninguno" no sólo me estoy refiriendo a las cuatro personas asesinadas en esa oportunidad, sino a los cientos que han sido muertos en este país— es pasado; todos son presente.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

También viene a mi memoria en este momento una frase de Martí: "Serás revolucionario el día que sientas en tu mejilla la bofetada que recibe tu hermano".

(¡Muy bien!)

Pero hay algo que debe estar presente en todos nosotros: crearemos el mundo que quisieron construir los Toba y los Zelmar; ese mundo en el cual realmente todos seremos hermanos; ese mundo en el que no existirán por un lado los que todo lo tienen y, por otro, los que nada poseen; por un lado, aquellos que pueden disponer de la vida y del trabajo de los demás y, por otro, aquellos que tienen que venderse, vender su trabajo y la fuerza de sus brazos para poder sobrevivir. Por un Uruguay así hermanado, donde todos tengamos las mismas posibilidades en la vida, es que lucharon ellos y es por lo que debemos luchar nosotros. La democracia no solamente implica instituciones, partidos políticos, elecciones cada cinco años; implica, además, una igualdad en el punto de partida: el convencimiento de que cada hombre tiene en su camino, en su trayectoria por la vida, la misma posibilidad que cualquier otro. que su destino no está predeterminado por el hecho de nacer en Carrasco o en Caraguatá.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Por ese Uruguay luchamos y, sin duda, por ese Uruguay lucharemos; por esa democracia que todos tenemos la obligación de defender, porque hay un concepto que para todos debe quedar muy claro: no hay solución ni vida digna para el hombre, sin democracia. La libertad es esencial para que el hombre sea tal, pero tan imprescindible como la libertad lo es el pan; libertad sin pan, no es libertad; pan sin libertad, niega al hombre.

Cuando nosotros sentimos hoy ese compromiso, cuando miramos hacia atrás y vemos cómo esos hombres lucharon y murieron por el Uruguay que querían, hay una cosa que todos debemos tener presente: una revolución no rompe nunca con el pasado; rompe con el presente. Y ellos rompieron con el presente, como también lo hicimos todos nosotros, llegando a una estructura en la que la democracia resurgió en este Uruguay, y esperemos que sea para siempre. Por esta razón, compañeros, un homenaje siempre tiene que ser recuerdo, compromiso y esperanza.

Pido disculpas, pero no resisto la tentación de leer algunas pocas palabras que manifestó Zelmar Michelini en el Senado cuando se trató el desafuero del señor legislador Erro. 'Creo que es importante que hoy se recuerden las palabras por él pronunciadas en aquel momento —como se recordará, el Parlamento no votó el desafuero del señor legislador Erro y poco tiempo después se produjo el golpe de Estado— en defensa de esta estructura democrática para nosotros tan querida. Decía Michelini en esa oportunidad: "Pero para realizar esa obra primero que nada, afirmamos las instituciones democráticas, y defendemos sobre todo los fueros de los legisladores. En la historia del mundo, los Parlamentos que se han hincado de rodillas, han desaparecido. En la historia del mundo, los Parlamentos que han sabido defenderse, que se han levantado contra las prepotencias de dentro y de fuera, han subsistido. Reclamo para este Parlamento que tanto quiero, para esta actividad que abracé con lo mejor de mí, a la que le he dedicado toda mi vida en la defensa de mis convicciones, llegando hasta el sacrificio permanente —saben los señores Senadores que no me gusta hablar de situaciones personales— que en circunstancias como ésta se esté bien plantado, enfrentando a los que creen que con el ruido de sables pueden llevarse todo por delante, y, sobre todas las cosas, dispuesto a terminar esta jornada de hoy defendiendo los fueros, asegurándole al señor Senador Erro, como a cualquier otro Senador en las mismas condiciones, el uso de su banca para que pueda decir toda su verdad, y mañana, de frente a una nueva obra, tratar de hacer de este país que nosotros queremos, un Uruguay distinto, donde el pueblo sea, precisamente, el dueño de su destino".

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Esto lo decía Zelmar Michelini el 26 de junio de 1972. Esas son las palabras de un hombre cabal, de un hombre que ama a su país, que ama la democracia y que también ama a las instituciones y al Parlamento.

Decimos que para nosotros el compromiso es el reconocimiento pleno, la defensa plena de la institucionalidad democrática, y eso, señoras y señores, sólo la unidad de un pueblo puede obtenerlo. Más de una vez, repitiendo palabras que son ajenas, hemos dicho: quien divide al pueblo, traiciona al pueblo. Por eso sentimos más que nunca la necesidad de unir a todas las fuerzas democráticas que buscan en este país un Uruguay distinto, que en este Uruguay buscan un camino no solamente de libertad sino también de justicia, sabiendo que a la justicia se llega única y exclusivamente a través del respeto pleno de los derechos del hombre, haciendo de cada individuo no solamente un ser titular de lo que pueden llamarse derechos individuales, sino también de lo que ahora se ha dado en llamar derechos sociales. El hombre no es solamente hombre cuando puede expresarse, cuando puede asociarse, cuando tiene plena libertad espiritual y física; el hombre también necesita contar con el reconocimiento del derecho al trabajo, a un salario digno, a la educación de sus hijos y a la suya propia, del derecho a la salud y a la vivienda. Toda esta realidad es la que nosotros tenemos que sentir como nuestra en este homenaje: recuerdo, compromiso y esperanza.

Hace pocos días, el 4 de mayo, en homenaje que hicimos a Zelmar recordando los veintitrés años del nacimiento de nuestro grupo político, un compañero nuestro, a quien varias veces se le quebró la voz, leyó algunas breves líneas y, después, colocamos una placa que decía: "Zelmar murió en la vida; Zelmar renació en la muerte". Este es el concepto que debemos aplicar cuando hablamos de Zelmar y de Toba y de Zelmar porque, sin duda alguna, uno y otro no han muerto. Su asesinos sí están muertos; no solamente los asesinos, los que apretaron el gatillo, que en definitiva no son más que asesinos a sueldo, sino también aquellos que planificaron, organizaron y ordenaron sus muertes. Ellos también están juzgados y enterrados.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

Quiero terminar, señor Presidente, leyendo las palabras que pronunciara Zelmar cuando finalizó su intervención en el Tribunal Russell, en uno de los momentos en que más duramente luchaba contra la dictadura uruguaya. Decía así: "A este Tribunal Russell aportamos las pruebas, los testimonios correspondientes, los documentos que certifican nuestros dichos para que el Tribunal juzgue sobre la verdad de nuestras palabras. Nada pedimos materialmente a otros pueblos ni a otros hombres. Nuestro padre Artigas, héroe de nuestra independencia, nos enseñó que 'nada debemos esperar sino de nosotros mismos'. En eso estamos, encarando y resolviendo nuestras dificultades que —no ocultamos— son bastante; pero entretanto sentimos el deber insoslayable de que todos los seres del mundo conozcan la infamia que asola nuestra Patria. Sólo queremos que nuestra verdad se divulgue, que en todos los rincones del mundo se sepa la maldad y la traición de estos hombres, así también como la sangre, el sacrificio, las viriles lágrimas de quienes han caído y han dado su vida por la causa de la liberación nacional. Los hechos no suceden en vano. Siempre hay una sanción moral, siempre hay un juicio de la historia; a ello nos remitimos, pero no pasivamente. Aspiramos a hacer nosotros mismos la historia de estos años. En este

Tribunal Russell II representamos a los que no pueden venir porque han desaparecido de la faz de la tierra, asesinados por el régimen; a los que no pueden llegar porque han sido mutilados; a los que no pueden hacerse oir porque sus mentes se cerraron para siempre, víctimas de los tormentos padecidos. Nuestra voz es la de todos aquellos que habiendo sufrido no pueden gritar su rebeldía, no pueden proclamar su lucha. Pero no sólo es una voz de acusación y de condena. Es también, y siempre, una voz de esperanza y de fe. De esperanza y de fe en nuestra Patria, en nuestro pueblo, en nuestra lucha, en el Hombre Nuevo que está surgiendo para la liberación. Por eso, como el poeta lo dijera tan cálidamente, repetimos nosotros: 'Honramos a los que se han ido para siempre; cantamos a los que, estando en la Tierra, ya están renaciendo con el trigo'".

Ellos, señor Presidente, nos están alumbrando, y sin duda alguna, tarde o temprano, construiremos el nuevo Uruguay,

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

## 4) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE. — Se levanta la sesión.

(Es la hora 21 y 50)

**Dr. ENRIQUE TARIGO**
Presidente

**Dn. Mario Farachio**
**Dr. Héctor S. Clavijo**
Secretarios

**Dn. Roberto J. Zamora**
Director del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Representantes

---

**INDICE DE NUMERALES**



Depósito Legal 205-148/85